

el IV festival cinematográfico internacional de M. del Plata

Por HELLEN FERRO

EL IV Festival de Mar del Plata se realizó en circunstancias anormales para la industria y el país. Por un lado, el conflicto sin resolver entre exhibidores y productores respecto a los impuestos que gravan la entrada a los cines, encareciéndolas e inclinando la balanza decididamente en favor de la TV.; por otra parte, y durante todo el transcurso de la muestra, la situación política que creaba un interrogante respecto a la industria misma, pendiente siempre de los créditos que el Instituto Nacional de Cine otorga a las producciones (un 50 % sobre el costo total).

El brillo exterior de exhibiciones, comidas, bailes, rifas, domas, permitió aparentar "dar la espalda" a la realidad amenazante, hasta que se resolvió suspender el baile de clausura y dar los premios del Gran Jurado en una deslucida ceremonia. Pero la preocupación fue constante en argentinos y extranjeros durante las reuniones del Encuentro Internacional de Teóricos, las conferencias de prensa y comentario en los corrillos. Los intereses nacionales y extranjeros no podían permanecer ajenos a los acontecimientos, tanto más cuando detrás de la presencia de las estrellas —Paul Newman, Jean Paul Belmondo, Pascale Petit, Giorgia Moll, Nadezha Rumiantseva, Marie Laforêt y de muchas otras— se realizaba una Convención de distribuidores deseosos de

colocar películas argentinas en el mercado internacional. El triunfo en Cannes de "La mano en la trampa", de Torre Nilsson, abrió nuevas perspectivas para el interés europeo. Se vio con atención "Los jóvenes viejos", "Tres veces Ana" y "La cifra impar", cuyos realizadores Khun, Kohon y Antin anuncian la eclosión definitiva de la "nueva ola" argentina. Otras películas argentinas, "Setenta veces siete", "Alias Gardelito", "Los de la mesa diez", "Sombras en el cielo", "El televisor", "El hombre de la esquina rosada", etc., etc., fueron mostradas a los distribuidores en Mar del Plata y en Buenos Aires. Esta posibilidad de apertura de nuevos mercados, mínima hasta el año pasado, ha demostrado que el Festival de Mar del Plata tiene una importancia real, ajena al rebrillo espectacular que ve el público.

La presencia de famosos directores —Truffaut, Delmer Davis, Lizzani, Ardayin, Bert Haanstra— permitió advertir diferencias fundamentales, confirmadas en las reuniones de prensa y en las de críticos y teóricos del cine, entre las diversas cinematografías. Esto implica alcance de trascendencia sociológica —por la incidencia psicológica del cine en la vida diaria del espectador— al mostrar a los alemanes e ingleses en una firme actitud de cine comercial, a los italianos empeñados nuevamente en un planteo

ideológico de izquierda, a los españoles tratando de liberarse de temas menores para entrar con "Cerca de las estrellas" en una especie de neorrealismo con algunas escenas audaces dentro de esa cinematografía. Los franceses, con "Jules y Jim", desencadenaron una verdadera polémica y controversia acerca de un cine siempre relacionado con el sexo y con la inteligencia —pero en el fondo profundamente antiespiritual— que se aparta de la sordidez última para entrar en una trascendencia planteada dentro de los bordes del humor negro. Más tradicionalistas y consecuentes con ellos mismos, los mejicanos se esforzaron por demostrar que dentro de una característica de cine nacional, intrínseca y extrínsecamente, podía hacerse buen cine ("Los hermanos del hierro" y "Yanko", uno de los films más aplaudidos de la muestra). Los rusos presentaron un film "de escape", índice de que su cinematografía ha vuelto a perder la libertad de planteos que despuntó en "El 41" y "Pasaron las grullas", y obtuvieron el premio a la mejor actuación femenina por "Muchachas". Es curioso señalar que las tres películas que conmovieron al público "Yanko", "Muchachas" y "Jules y Jim" son films que "descansan" de los dramas sociales o sexológicos.

Pero en cuanto a calidad e interés, fueron films exhibidos al margen de la muestra oficial los que dieron la nota más importante: los admirables cortometrajes del holandés Bert Hanstrat —toda una lección de talento y capacidad técnica—, una revolucionaria visión de la generación beatnik de los EE. UU., en un film semidocumental de Jonas Mekas titulado "Armas en los árboles" y la

presencia de "Viridiana", el film de Luis Buñuel que tanto ha dado que hablar. Es un film profundamente anticatólico (el director insiste, como en "Nazarín" en la imposibilidad del apostolado y en la negación de la caridad) aunque intensamente religioso. No es demasiado absurdo aventurar que a Buñuel puede ocurrirle lo que le sucedió a Huysmans quien después de sus demoníacos "Al revés" y "Allá lejos" concluyó en la trilogía de "El oblatto". Al realizador de "Viridiana" no le quedan sino dos caminos: o suicidarse, o volver al seno de la comunidad católica.

"Viridiana" fue el único film en que el catolicismo —aunque para atacarlo con indiscutible y feroz talento— pareció preocupar a los realizadores cuyas películas —de 14 países— se mostraron en el IV Festival Cinematográfico Internacional de Mar del Plata. Y es curioso que ese film, luego prohibido, se haya rodado en un país católico. El cine es un arma demasiado peligrosa para dejarlo totalmente en manos adversas a la fe. Es preciso que los católicos se aparten de la pusilanimidad para mostrar en las pantallas toda la grandeza de nuestra religión. Creo esto y no estoy escribiendo frases convencionales para una revista. La muestra de cortometraje argentino en el Festival me indica que, de hecho, ese aprendizaje y esa vocación está en manos de jóvenes no católicos. Para que alguna vez films de enseñanza y no de ataque cristiano figuren en las muestras de cine, es preciso comenzar por fomentar en la juventud una vocación de realización filmica que no advierto ahora. Por allí se debe comenzar.